

REPENSANDO LA ROMANIZACIÓN de cántabros y astures

Santiago David Domínguez-Solera

cazadorrecolector@hotmail.com

Departamento de Prehistoria UCM

Proyecto Monte Bernorio

ARES Arqueología y Patrimonio Cultural

Resumen: *Este texto defiende que la Romanización de cántabros y astures no habría sido posible si no hubieran operado procesos de desestructuración mental. Roma se define como sociedad estatal, con escritura y muy burocratizada mientras que los pueblos del Norte de la Península ibérica eran antes de la conquista sociedades orales premodernas. Más que la imposición política y militar, la adopción por cántabros y astures de elementos concretos, como la escritura, supuso un tremendo impacto para su forma de percibir el mundo, generándose una sociedad nueva.*

Abstract: *This text defends that the Romanization of Cantabrians and Astures would not have been possible without processes of mental unstructuration. Rome defines itself as state society, with writing and very burocratic whereas the towns of the North of the Iberian Peninsula were before the conquest premodern and oral societies. More than the political and military imposition, the adoption by Cantabrians and Astures of concrete elements, like the writing, supposed a tremendous impact for their form to perceive the world and a new society would be generated.*

Palabras clave: *Romanización, cántabros y astures, perspectivismo, Etnoarqueología estructuralista, Etnohistoria crítica, analogía, pueblos orales, pueblos de tradición escrita, conquista de América, colonialismo, globalización.*

Key words: *Romanization, Cantabrians and Astures, perspectivism, structuralist Etnoarchaeology, critic Ethnohistory, analogy, oral people, towns with written tradition, American Conquest, colonialism, globalization.*

Introducción

Lo primero que tenemos que hacer aquí es llegar a un acuerdo sobre lo que entendemos por “Romanización”, ya que estamos ante un término que no es contemporáneo al hecho que bautiza, sino una convención historiográfica que usamos para referirnos al proceso de expansión territorial y cultural de Roma por Europa, Asia y África... a esto y a muchas más cosas:

Sobre la Romanización se han escrito ríos de tinta en inglés, castellano, italiano, francés y alemán desde las plumas de los y las especialistas en Protohistoria e Historia Antigua. Unos, digamos que ésta es una de las tesis decimonónicas, han destacado la importancia de la conquista de la Europa bárbara por Roma como verdadera génesis de Occidente; otros describieron el caso como proceso civilizador y definieron a Roma como cultura superior y a los vencidos, a los celtas, como elementos inferiores; otros se han esforzado estudiando el ejército romano y el armamento como instrumento de conquista (un clásico básico WILKES, 1985, otro trabajo muy reciente es SOUTHERN, 2007)... Hay quien ha

dedicado toda su carrera a analizar los escritos de los historiadores romanos para reconstruir los hechos y hay quien, en cambio, confía más en la Arqueología como prueba. Por otro lado están aquellos que pretenden recuperar la memoria de los conquistados por las armas romanas para reivindicar identidades al servicio del nacionalismo o del regionalismo. Es conocidísimo el uso propagandístico que los franquistas le dieron al asedio de Numancia: los celtíberos serían españoles y los romanos invasores; Martínez Santa-Olalla (1946) llegó a defender que, tras la conquista de Roma, el “genio español” sobreviviría a la imposición. Caro Baroja, en su obra “Los Pueblos de España” (1976), es uno de los grandes responsables de la difusión entre el público de una Romanización reglada por el particularismo histórico y los convencionalismos histórico-culturales. Este mismo autor también especuló en concreto sobre los pueblos del Norte de la Península Ibérica (1973) desde los mismos paradigmas.

Asumiremos que la Romanización es el proceso de adopción de la cultura romana por los pueblos a los que tal potencia conquistó o con los que simplemente entró en contacto. En este

trabajo la Romanización no es un simple proceso de aculturación por imposición. Tampoco se dará por bueno el mero contacto como explicación, ya que estaría defendiendo una especie de “contagio civilizador” simplista. El proceso hubo de ser más complejo de lo que se ha argüido en la bibliografía ya que, antes de la adopción por parte de un pueblo de algún elemento cultural nuevo, es imprescindible la eliminación de los valores anteriores. Propongo, utilizando un método antropológico y poniendo como ejemplo a cántabros y astures, repensar la Romanización como un proceso de desestructuración mental de las culturas protohistóricas.

Construyendo una plataforma teórica:

Para llevar a buen puerto la anterior propuesta, para comprender mejor las posibilidades que ofrece, merece la pena detenernos en este epígrafe para hacer en él algunos apuntes sobre las disciplinas y las tendencias historiográficas en las que fundamentaré la posterior argumentación.

Realizando una rápida y pequeña incursión en el terreno de la Filosofía, encontramos el concepto de

Perspectivismo de Ortega y Gasset (1943): la percepción es subjetiva y cada individuo mira el mundo desde su propio punto de vista. Nosotros vamos a tener que ponerle a esta afirmación un límite para no caer en el relativismo radical, que de nada nos valdría a la hora de sacar conclusiones en Prehistoria. Para no terminar en un callejón sin salida, usaremos como cimiento de esta barrera la Etnoarqueología estructuralista (HERNANDO, 2006): existiría una relación estructural entre el grado de complejidad socioeconómica de un grupo humano y la estructura básica de su percepción del mundo. El objeto de esta disciplina es comprender cómo construyen la realidad los grupos vivos para intentar comprender la realidad que habitaron los del pasado, porque la posibilidad de entender las culturas pretéritas pasa por entender a las “otras” culturas del presente. Asumimos esto para poder lanzar analogías válidas entre el presente y el pasado prehistórico.

La Etnoarqueología se apoya en el estudio de la cultura material. En el caso de la Protohistoria de Europa disponemos de testimonio escrito además del registro arqueológico. Poseemos, por tanto, la herramienta etnohistórica. La Etnohistoria es “el registro histórico de una cultura,

generalmente escrito por gente de una cultura distinta.” (DAVIDSON, 2006) La Arqueología etnohistórica sería “el uso de la Etnohistoria por arqueólogos como fuente de ideas y datos para estudiar la historia cultural usando métodos arqueológicos”. (*ibidem.*)

La investigación etnohistórica centra uno de sus ámbitos de interés en la obra de los historiadores y geógrafos romanos, pero también tiene un rico campo de trabajo durante el Renacimiento, momento en el que los conquistadores europeos producen crónicas y diarios de sus hazañas en territorio desconocido, hablando sobre los pueblos conquistados, grupos que ellos definirían como poseedores de tecnologías simples. Una de las partes esenciales de la metodología etnohistórica es la crítica textual y no nos sirve de mucho la lectura tradicional de las fuentes, debiendo hacer un trabajo mucho más minucioso y difícil, pero cuyos resultados en lo que a volumen de información obtenida resultan muy rentables. Jesús Torres Martínez (2006), propone el siguiente esquema para la crítica etnohistórica eficiente de una fuente determinada:

- 1) Descripción. ¿Qué es lo que dice?
- 2) Interpretación. ¿Qué es lo que quiere decir?

- 3) Contrastación. ¿Hasta qué punto es cierta esta información? ¿Qué implicaciones tiene?

Aunque las fuentes distorsionan, manipulan y mienten, opina este autor, siguen teniendo una valiosísima información a la que no podemos renunciar (*ibidem*).

Trataremos aquí la expresión escrita como una forma de materializar la percepción del mundo. A través del análisis de los textos clásicos podemos también conocer cómo percibían la realidad sus autores. Pero vamos a ir más allá, puesto que el hecho de escribir supone por sí mismo un condicionante a la hora de enfrentarse al mundo, al estructurar de una forma concreta la mente de las sociedades.

W. Ong (1987) plantea que Para las culturas orales, entiéndase las que no han desarrollado expresión escrita, la palabra no tiene presencia visual. Es sólo un sonido y además el sonido es perecedero y evanescente. Los pueblos de este tipo prestan menos atención a la gramática que los que escriben. Algo esencial que caracteriza a las culturas orales es que presentan un pensamiento menos abstracto y más cercano a la vida cotidiana; su lógica y sus razonamientos no pasan por la definición de conceptos,

porque no pueden abstraerlos a ciertos niveles, y la autoevaluación tampoco se fomenta en los sistemas orales. Ello no quiere decir que el pensamiento oral sea inferior ya que muchas sociedades han sobrevivido y sobreviven adaptándose a la perfección a su medio y a sus necesidades sin haber desarrollado escritura. Cuando Occidente ha usado la abstracción de los conceptos como criterio cultural jerarquizador, ha caído en errores tales como el de definir a la culturas orales como “poco inteligentes” o “primitivas”, legitimando con ello su dominación y su aculturación. Debemos tratar de explicar las transformaciones producidas en el pensamiento, la cultura y las formas de vida de los grupos humanos, desterrando de nuestro método conceptos como el de “avanzado-primitivo” (GOODY, 1985). La clasificación que hacían Morgan (1977) y Taylor (1871) en la segunda mitad del XIX de evolución lineal entre salvajismo, barbarie y civilización, que aún hoy sigue teniendo acogida en los artículos de muchos historiadores, se hace de este modo obsoleta.

Más operante y útil nos va a resultar el esquema propuesto por Almudena Hernando Gonzalo (2002): ella defiende que la realidad es inabarcable para el ser humano, pero todos los grupos

creen que dominan el mundo que les rodea, tanto la sociedad occidental como los cazadores-recolectores. Esta sensación de seguridad, de sentirse “el pueblo elegido”, se consigue vinculándose estrechamente al grupo de pertenencia y generando un discurso sobre los orígenes que confirme esta preeminencia sobre los demás. La última idea es vital en este estudio ya que la profesora Hernando hace dos categorías, sociedades premodernas y sociedades modernas, en función de la forma que cada cultura tiene de fabricar el discurso legitimador sobre sus orígenes. La modernidad actúa dinámicamente y por ello construye, mediante la razón y la Ciencia, su pasado con respecto a los cambios que se han producido, ordenando los hechos cronológicamente. En cambio, las sociedades premodernas se resisten al cambio y son estáticas, viendo el pasado como una eternidad inmutable, construyéndolo mediante la emoción o la fe y situándolo en un espacio paralelo no cronológico. La modernidad ha generado la Historia para explicar sus orígenes y la “premodernidad” utiliza, para lo mismo, el Mito.

Asimilando todo lo anterior estaríamos ya listos para meternos en faena con el tema que aquí nos interesa. Ahora toca aplicar, por lo menos

intentarlo, esta plataforma teórica a la Romanización del Norte de la Península Ibérica. Los grupos que habitaban la Cordillera Cantábrica eran sociedades orales premodernas y Roma un Estado con cultura escrita, mucho más cercano al modelo teórico de grupo moderno, o por lo menos cumpliría muchos de los requisitos. Vamos a verlo con más detalle:

Roma, sociedad moderna:

Paul Vayne (1991) se pregunta qué era el hombre romano, qué es lo que pretendía ser y qué entendía por civilización. El criterio con el que los romanos se definían era la *humanitas*, un concepto derivado de la *philantrophia* y teorizado por Cicerón en sus “Cartas a Ático”. La *humanitas* consistía en la moderación de los impulsos mediante la virtud y en haber descubierto las artes y las letras. Aunque Platón y Aristóteles, después los estoicos, supieran que los bárbaros eran seres humanos, pensaban que, por no cumplir los requisitos de moderación y no conocer las letras, sus capacidades serían inferiores a las de griegos y romanos y, por tanto, estaba justificada su dominación por vía militar para llevarles la civilización. Esta visión

etnocéntrica es totalmente explícita en los textos y, siempre que se consulte una fuente clásica en la que se hable de bárbaros ha de tenerse en cuenta. Para el romano toda cultura que no poseyese escritura era bárbara e intelectualmente inferior a la suya. Las artes que no siguiesen el patrón estético romano también eran bárbaras e inferiores, como inferiores eran sus creadores. Igual que si de la definición de Piaget (1965) para el egocentrismo infantil se tratara, de forma generalizada todas las comunidades humanas desconocen u olvidan que hay otros puntos de vista distintos al que cada una tiene respectivamente y tienden a tomar la propia perspectiva como la única acertada al centrarse demasiado en su propio sistema social. Éste es exactamente el mismo criterio que acompaña a las sociedades occidentales modernas en sus procesos colonizadores. Como Roma, tuvieron que justificarse para llevar a cabo sus acciones de conquista e imposición y todas, de una u otra forma, terminaron generando la argumentación paternalista del deber de llevar la civilización a esos pueblos inferiores.

Quizá el ejemplo más recurrente y útil sea el caso de la conquista y colonización española de América ya que es un episodio del que tenemos

muchísimas narraciones contemporáneas porque que se generalizó la confección de crónicas y diarios por parte de los vencedores. España fue, de todas las potencias europeas que se lanzaron a la conquista del Nuevo Mundo, el único país que puso en duda su derecho a ejercer una acción dominadora. Los que se oponían eran sobre todo eruditos religiosos, entre ellos el padre Las Casas, Montesinos, Antonio de Córdoba... Pero esto no impidió que el hecho se consumara y tampoco justifica los atropellos y crímenes perpetrados, pero dice mucho de

la capacidad autocrítica del pueblo español del XVI. (LUCENA, 1992.) En las fuentes se destaca que los indios eran paganos, que desconocían la Palabra de Dios y que por ello eran víctimas de sus pasiones. Bajo una mirada crítica, bien es verdad que los españoles del XVI estaban educados y obligados casi obsesivamente por la Contrarreforma a vivir y difundir la fe católica y, por eso, lo primero que destacaban los cronistas en sus páginas era que los americanos pecaban cotidianamente.



Ilustración 1 “Entrada al teatro romano”, pintura al óleo, por Sir Lawrence Alma-Tadema, 1866. Este autor es famoso por sus fidelísimas recreaciones de ambientes sociales romanos.

Los estados que se embarcaron literalmente en la empresa del imperialismo habían vivido la Ilustración y estaban orgullosos del desarrollo que en

el siglo XIX experimentaban la Ciencia y la Técnica, en detrimento de la fe del Barroco y del Renacimiento; cuando Occidente se encontraba de frente con los

pueblos de África lo que más le llamaba la atención era la forma de vida sencilla en lo material que presentaban, además de que su moral discordase abismalmente con la burguesa.

En la actualidad a los ciudadanos de los países desarrollados, sobre todo a los de USA, les sorprende que existan pueblos que aún no hayan adoptado todas las ventajas del estado de bienestar y del consumismo capitalista. Los medios de

comunicación polarizan el mundo en dos mitades: la del desarrollo y la del subdesarrollo. La labor de los antropólogos y arqueólogos, superado el racismo del XIX y de principios del XX, todavía no es inocente y puede llegar a generar argumentos útiles para que la globalización acabe con las culturas diferentes a la occidental (HERNANDO, 2006b).

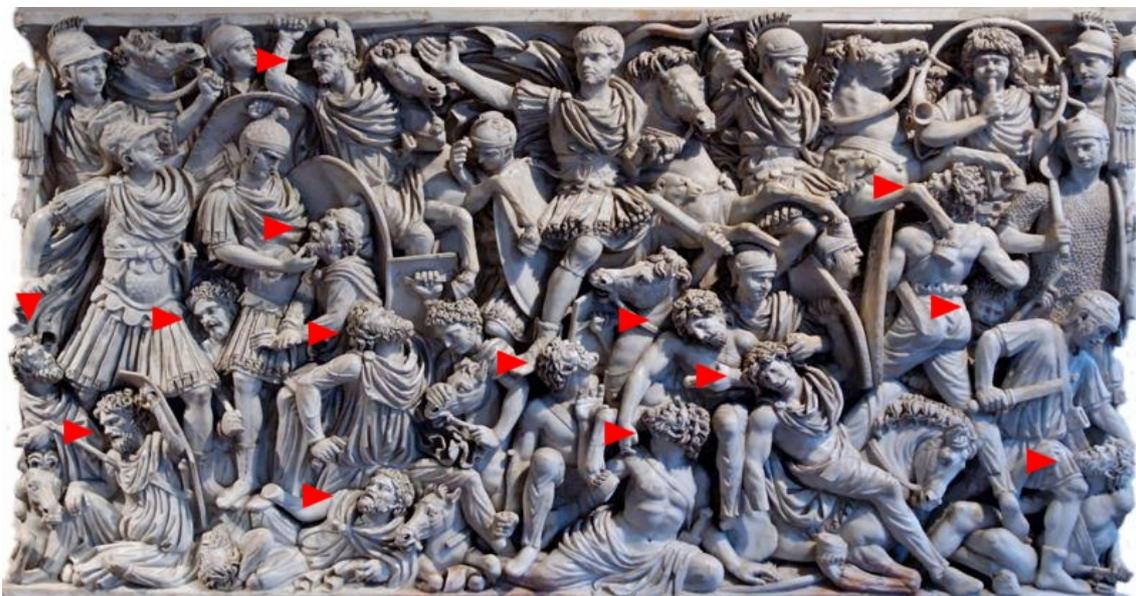


Ilustración 2 “Sarcófago Ludovisi” (Colección Ludovisi) El relieve, datado hacia el 250 d.C., representa la lucha entre legionarios y germanos (destacados con flechas). Los romanos, además de describir a los “bárbaros” en sus textos, los modelaron plásticamente. Nótese como aquí todos los germanos están representados siguiendo un mismo patrón: barba, pelo enmarañado, vestido tosco, etc. Aunque el autor de esta obra nunca viera a tales gentes, tenía una imagen estereotipada de ellas en la cabeza, que desarrollaría sobre la piedra. (Lámina del autor.)

Apliquemos los tres puntos de la crítica de fuentes que proponíamos más

arriba (TORRES, 2006) poniendo la Romanización al lado de la Conquista de América, el Imperialismo contemporáneo y la Globalización actual. En los cuatro

casos sociedades modernas siguieron los mismos patrones a la hora de expandirse sobre otras culturas:

- 1) ¿Qué nos dicen las fuentes al respecto de “los otros” con los que se encuentran en sus procesos expansivos? Tanto los geógrafos e historiadores romanos, como los cronistas y exploradores nos hablan de culturas inferiores, de gentes pobres moral e intelectualmente, víctimas de las pasiones concupiscibles más primarias e irracionales.
- 2) Interpretación: ¿Por qué dicen esto? Porque esos pueblos no encajan con su ideal propio de virtud y de civilización.
 - El modelo romano es el de *humanitas* y *virtus*.
 - El de los conquistadores españoles el de fe.
 - Los ideales de las naciones del XIX son el desarrollo tecnológico-científico y la moral burguesa.
 - En la actualidad el ideal de progreso está en el desarrollo capitalista y en la adquisición del bienestar que proporcionaría el consumismo.
- 3) Implicaciones: La conquista y la

imposición cultural:

Los romanos llevaron a los bárbaros lo que ellos mismos más apreciaban, su sistema político-social y sus leyes; los conquistadores la religión, la salvación y la moral; las naciones imperialistas la Ilustración y nosotros, paternalistas, queremos que los países del Tercer Mundo lleguen a nuestro nivel de desarrollo, sin darnos cuenta que la felicidad, la perfección y el objetivo de todos los grupos humanos no tienen por qué seguir el camino que Occidente recorrió.

Roma funciona, en este sentido, con los mismos patrones de actuación que las sociedades del Occidente moderno y habría que plantearse si, al igual que han sobrevivido sociedades premodernas hasta la contemporaneidad, no habría sociedades que podíamos caracterizar como modernas ya en la Antigüedad. Que la división de los periodos Históricos ha de ser permeable y no rígida, es algo totalmente asumido en la actualidad. Argumentos como el anterior cuestionan aún más hasta qué punto sigue siendo práctica la división cronológica vigente. Pero discutir sobre esto no nos compete aquí, ni a mí ni a los lectores, más allá de lo que he dicho. Sigamos:

El caso de Roma también es equiparable al de las sociedades modernas en tanto a la forma que tuvo de autodefinirse y legitimar su origen. La percepción del tiempo para los romanos es lineal, sigue un orden cronológico y el pasado no es una dimensión mítica paralela. Roma tiene Historia y, aunque los mitos de su fundación siguen estando presentes en las obras de historiadores tan loados como Tito Livio (*Ab Urbe Condita*, Libro I), lo que hicieron estos fue integrar lo mítico en su Historia y lo último es lo que realmente formaría parte de su estructura mental; esta reinterpretación del mito fue crítica, todo hay que decirlo, ya que en muchos casos se cuestionaron muchos de los episodios maravillosos o se les intentó dar una explicación mundana. Augusto fue un experto en legitimar su poder a través de la historia del pasado de su pueblo (BENDALA, 2003-2004).

Para que una Historia cronística, diferenciada de la oralidad, sea posible es imprescindible la escritura. Roma la poseía. Otra de las cosas cuya existencia hace imprescindible la invención de la escritura, algunos historiadores opinan que a su servicio se inventaría en Oriente (GONZÁLEZ-WAGNER, 2001), es la burocracia. Roma fue un gran Estado y tenía un aparato administrativo muy

desarrollado. Cuando decimos que una cultura está condicionada por la estructuración mental que genera el uso de la escritura, no queremos decir que toda la población deba saber leer o escribir, con que sepan los directores de la misma, los que establecen y mantienen el modelo ideológico, basta. La necesidad de escribir la lengua hablada impone unas reglas gramaticales determinadas que han de mantenerse y por ello pensar en esa lengua, aunque no se sepa escribir ni leer, estructura la mente en relación a la escritura (ONG, 1987). La inmensa mayoría de los legionarios romanos, desde que Mario hiciera su reforma abriendo el ejército a los *proletarii*, eran analfabetos, pero pensaban en latín y por ello su estructura mental estaba condicionada por él. Es más: John Wilkes (2001-2002) apunta que el mismo ejército estaba extremadamente burocratizado, que “la espada estaba detrás de la pluma”, porque los textos allí eran omnipresentes e imprescindibles. Las cartas, los diplomas de los legionarios, los documentos administrativos y de intendencia, las inscripciones en las tumbas de los caídos, los nombres, títulos y gestas en los monumentos propagandísticos... Recuérdese esto último bien porque va a ser útil en algo señalado al final del

presente trabajo.

Sociedades premodernas y orales del Norte peninsular:

Las sociedades orales por antonomasia son las cazadoras-recolectoras y las que practican la producción más incipiente. No obstante también entrarían en este grupo las culturas productoras de cierta entidad y por ello se puede incluir a la mayoría de los grupos protohistóricos de Europa en el momento de la conquista romana. De todos los pueblos que describe Julio César en *Comentarios de la Guerra de las Galias* ninguno tiene escritura. La Arqueología corrobora la oralidad de la sociedad gala, aunque hay excepciones muy puntuales y marginales de epígrafes, que no demuestran que los galos escribieran sistemáticamente, y no cabe pensar que el general romano ocultase algún dato al respecto para acentuar la barbarie de aquellos a los que quería conquistar. En la *Germania* de Tácito se describen genéricamente muchos grupos como “germanos”, aunque sus estrategias de producción y su organización sociopolítica es diversa: tenemos desde grupos similares a sus vecinos galos hasta

sociedades no productoras del oriente del área. Nota común a todas es también la oralidad. Este mismo autor habla de las gentes que habitaban las *High Islands* en su obra *Agrícola* y ningún colectivo había desarrollado allí la escritura. César tampoco hace ninguna mención al respecto cuando narra sus peripecias al otro lado del Canal de la Mancha.

Íberos y Celtíberos sí escribían, pero los pueblos situados más al Norte en la Península Ibérica, los vascones, cántabros y los astures, bebían de la oralidad. Estos pueblos fueron descritos por los historiadores romanos antes y durante la conquista. Para una recopilación completa de las referencias grecolatinas (Marco Porcio Catón, Cayo Julio César, Quinto Horacio Flaco, Tito Livio, Estrabón... incluso el propio Augusto) sobre los cántabros consúltese el apéndice de *Los Cántabros Antes de Roma*, de Eduardo Peralta Labrador (2003).

Cántabros y astures son un perfecto ejemplo al que aplicarle las tesis que aquí planteamos. Estrabón y otros escritores los mencionan casi siempre juntos, como los feroces montañeses del norte:

“Su rudeza y su salvajismo no se deben sólo a sus costumbres guerreras, sino también a su alejamiento, pues los caminos marítimos y terrestres que conducen a estas tierras son largos, y esta dificultad de comunicaciones, los ha hecho perder toda sociabilidad y toda humanidad. Sin embargo hoy el mal es menor gracias a la paz y a la llegada de los romanos. Allí donde estas dos ventajas no han penetrado, conservan un carácter feroz y brutal, sin tener en cuenta que esta disposición natural, entre la mayoría de ellos ha podido aumentarse por causa de la aspereza del país y el rigor del clima. Mas, repito, todas estas guerras están hoy acabadas; los mismos cántabros, que de todos estos pueblos eran los más aferrados a sus hábitos de bandidaje, así como las tribus vecinas, han sido reducidas por César Augusto; y ahora, en lugar de devastar, como antes las tierras de los aliados del pueblo romano, llevan sus armas al servicio de los mismos romanos [...] Tiberio además, por indicación de César Augusto, su predecesor, ha enviado a estas tierras un cuerpo de tres legiones, cuya presencia ha hecho mucho no sólo pacificando, sino también civilizando a una parte de estos pueblos”. (Estrabón, III.3.7-8. Fragmento tomado de BLÁZQUEZ, 2004: 494)

No los vamos a tratar como unidad porque Estrabón, junto a los vascones, los viera como tal, ya que efectivamente no lo eran ni política ni identitariamente. Si hablamos de estos pueblos distintos a la vez es porque compartían un mismo ecosistema y unas características similares en el tema que aquí nos atañe. Además fueron conquistados por Roma en el mismo episodio.

Las guerras con cántabros y astures consisten en varias operaciones comprendidas todas entre el 29 y el 19 a.C. Peralta Labrador (2003:259-269) nos explica cómo en el año 29, acabadas las guerras civiles, Octavio manda a Statilio Tauro a pacificar a los pueblos al Norte del *limes* hispánico y completar así la conquista de la Península Ibérica. La excusa era que cántabros y astures molestaban con sus razias a los vacceos, los turmogos y autrigones, recientes aliados de Roma previo sometimiento. La guerra se prolonga y Octavio, recién galardonado con el título de “Augusto”, se desplaza en el 26 a.C. a Cantabria para dirigir él mismo las operaciones allí, dejando a Publio Carisio el terreno astur. Augusto termina marchándose sin haber logrado conquistar a los cántabros en el 25 a. C., quedando Antistio, legado de la

Tarraconense, y Carisio al mando; sin embargo ha de volver en el 24 a Cantabria. Las campañas siguientes se dilatan hasta el 19 a.C. Los “bárbaros”, dicen las fuentes, pese a ser constantemente vencidos, se obstinaban en no perder su libertad y Augusto terminó mandando a su mejor hombre a solucionar un problema que se había arrastrado ya 10 años: Agripa utilizó los métodos más drásticos y brutales que conocía, tales como exterminios masivos de ciudades, deportaciones, mutilaciones, matanza del ganado, quema de cosechas sistemática... Los cántabros dieron su último y débil coletazo en el 16 a. C. Pero la Cornisa Cantábrica había sido ya pacificada y Augusto volvió a Hispania entre el 16 y el 13 a. C. para reorganizar el territorio, fundando en la zona *Iuliobriga* y *Portus Victoriae* (actual Santander). Al regresar a Roma construyó el *Ara Pacis*.

Que las guerras cantabro-astures fueron especialmente costosas en vidas y que los romanos empeñaron un grandísimo esfuerzo en ellas, siendo su presencia en el territorio muy intensa durante y tras las mismas, está siendo demostrado en las actuales campañas arqueológicas llevadas a cabo por los equipos del Instituto de Estudios Prerromanos de la Antigüedad y han sido

publicados recientes trabajos al respecto (para los cántabros véase VALLE Y SERNA, 2003; PERALTA, 2006; TORRES, 2007; DOMÍNGUEZ-SOLERA, 2007; TORRES Y DOMÍNGUEZ-SOLERA, 2008 o SERNA, MARTÍNEZ Y FERNÁNDEZ, 2010; para el caso astur CAMINO, ESTRADA Y VINIEGRA, 2001, 2005 y 2006). Además de estos investigadores, otros formados en el ambiente de la Historia Antigua, apoyados en la toponimia, la epigrafía y la numismática (por ejemplo BLÁZQUEZ, 2004), también se han opuesto a la idea de que cántabros, astures y vascones, pese a las campañas militares y a la fundación de ciudades en el territorio, no se romanizasen y de que sus costumbres fueran exactamente las mismas al principio de la Edad Media que antes de la conquista (BARBERO Y VIGIL, 1974). Buscando el apoyo en los trabajos anteriormente citados, aquí se defiende que la Romanización se ejecutó efectivamente entre estos pueblos, aunque no diera lugar al mismo resultado observado en el mundo Ibérico o en la Meseta. Enumerar de nuevo todas las pruebas de que los habitantes de la Cordillera cantábrica recibieron el influjo de la cultura romana no me corresponde

aquí a mí y a las anteriores citas me remito. Me basta con traer a colación, de forma general, la adopción de la escritura por parte de cántabros y astures que, como decíamos, antes de ser conquistados por Roma eran sociedades orales. Pienso que sólo esto último, que por muchos autores puede ser visto como una aculturación

sutil, supuso un impacto cultural que tuvo que acabar con las mentalidad antigua para dar lugar a otra distinta y que, aunque esta nueva fuese una readaptación que reaprovechase muchas de las antiguas tradiciones, ya no estaríamos ante la misma forma de ver y concebir el mundo.



Ilustración 3 Campamento principal del asedio de “La Loma” (Santibáñez de la Peña, Palencia), visto desde la muralla del castro. (Fotografía del autor.)

Alfredo González Rubial (2006-2007: 599-601) también ha “repensado la romanización” para el caso galaico y ha llegado a una conclusión parecida, por otros caminos distintos a los que aquí hemos seguido, y ésta es que

efectivamente la Romanización ocurrió, pero que supondría la emergencia de una formación social inédita que incorpora una nueva lógica cultural y una nueva configuración del poder, más que la mera expansión de la cultura romana.



Ilustración 4 Punta de flecha romana, de tres aletas, encontrada en el castro cántabro de Monte Bernorio (Pomar de Valdivia, Palencia). Este enclave se encuentra asediado por uno de los campamentos romanos más importantes de Europa en entidad, el Castillejo.
(Fotografía del autor.)

Por si existe alguna duda de que cántabros y astures fueran sociedades orales premodernas, vamos a ver si encajan dentro de esta categoría en función de lo que sabemos de ellos.

Decíamos más arriba que una de las consecuencias de la oralidad, que la contrapone al uso social de la escritura, es que la tradición se transmite de generación en generación (HERNANDO, 2002). No habría entonces Historia. De los hechos concretos de los cántabros y los astures sólo sabemos lo que de ellos dejaron escrito los historiadores romanos, es decir:

su colaboración con Roma como auxiliares (por ejemplo en César, en *De bello Gallico*, III, 23-26 y *De bello Civili*, I, 38-39) y los sucesos de las propias guerras en las que fueron conquistados (Floro, en su *Epitomae*; Orosio, en *Historiarum, adversus paganos*, Tito Livio, en una obra perdida y Dión Casio, *Historia Romana*). Esto no es producto de una discriminación de datos caprichosa o interesada de los romanos: los pueblos orales no ordenan cronológicamente su pasado, no hacen crónicas, ni los hechos concretos pasan de generación en generación de no ser que se mitifiquen, ya que sólo esta dimensión, la del mito, es la

que ocupa el puesto mental de lo pretérito en la concepción de quien no tiene escritura. Como mucho se recuerda lo que sucedió una o dos generaciones atrás y no más. No podemos acusar a los autores clásicos de negligencia en sus narraciones o de falta de rigor, interesado o desinteresado, al no haber recogido a tiempo algo parecido a un relato centenario sobre el pasado de los “bárbaros” a los que conquistaban. No podemos decir que si los historiadores romanos hubieran escrito en sus obras la Historia de los cántabros ésta no se habría perdido, puesto que los propios cántabros habían olvidado los hechos concretos de su pasado remoto, quedando sólo en su memoria colectiva simplemente la referencia mitificada de los hechos más relevantes. Por supuesto: estos mitos nunca estarían organizados cronológicamente.

Conclusión:

Se ha intentado demostrar en las páginas anteriores que cántabros y astures eran, antes de la conquista de roma, unas sociedades orales premodernas. También que Roma era, en tanto en cuanto a su forma de legitimar su identidad y su

pasado y de identificarse con respecto al “otro” definiéndolo con respecto a sí, equiparable a las sociedades modernas posteriores. Por eso, al igual que los españoles hicieron pasar a los pueblos premodernos de América del politeísmo al monoteísmo y de una tecnología simple a la de la pólvora y la metalurgia, no pudiendo asimilar el cambio los segundos porque estaban muy especializados en su sistema (RIVERA Y VIDAL, 1994: 189), la identidad de los pueblos del Norte de la Península Ibérica terminaría viniéndose abajo por la adopción de ciertos elementos culturales tras la conquista que, aunque algunos investigadores consideren poco importantes y/o nieguen por ello la Romanización misma, serían los suficientes para causar un tremendo impacto en su mentalidad.

Tras las campañas romanas las gentes cántabras y las astures empezarán a escribir en latín sus epígrafes, por eso conocemos a sus dioses y muchos de sus nombres (véase SOBREMAZAS, 1999). Ya antes habrían tenido contacto con las estructuras burocrática, política y militar de Roma, pero esto no había provocado su adopción. La conquista y el establecimiento permanente de campamentos y ciudades romanas en la cordillera implantan allí la lengua latina y

la estructuración mental que conllevaría el uso de la escritura. Aunque se siga venerando a las antiguas divinidades y ciertos usos sociales y culturales permanezcan, concediendo que con más intensidad que en otras partes de Hispania, el funcionamiento social y la forma de percibir la realidad de las personas debió ser algo nuevo.

Esto no es exclusivamente aplicable al caso de los pueblos prerromanos de la Península Ibérica. La imposición cultural de todos los conquistadores sólo triunfa previa desestructuración de la idiosincrasia de los pueblos conquistados. Por mucha violencia que se ejerza sobre un colectivo, no se logrará la asimilación cultural del

mismo por esta vía, sólo el exterminio, si antes no se minan los fundamentos que hacen que dicho colectivo perciba el mundo de una determinada forma.

Agradecimientos:

Doy las gracias a Ketxu Torres, a Alís Serna, a Antxoka Martínez y a Eduardo Peralta por su ayuda, su consejo y por facilitarme material bibliográfico... y, sobre todo, por enseñarme a ser arqueólogo en mis tiempos de estudiante. Tampoco me puedo olvidar de María Luisa Ruiz-Gálvez Priego, a cuya clase iba dirigida la primera versión de este texto, que corrigió y perfeccionó mediante sus interesantes sugerencias.

Bibliografía:

BENDALA GALÁN, M. (2003-2004): Memoria histórica, tradición y legitimación del poder: un aspecto relevante de la Antigüedad. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. 43: 323-329.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. (2004): La romanización de los astures, cántabros y vascones en el Bajo Imperio. Estado de la cuestión. *Gerión*, 22, núm. 2: 493-504.

CAMINO MAYOR, J.; ESTRADA GARCÍA, R. Y VINIEGRA PACHECO, Y. (2001): El campamento romano de la Vía Carisa en “Asturia Transmontana”. *Espacio, Tiempo y*

Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología, 14: 261-276.

- (2005): *La Carisa: ástures y romanos frente a frente*. Caja de Asturias. Obra Social y Cultural, Oviedo.
- (2006): La Carisa: un teatro del “bellum Asturicum”. En *Arqueología Militar Romana en Hispania II: producción y abastecimiento en el ámbito Militar*. (Ángel Morillo coordinador.): 567-580.

CARO BAROJA, J. (1976): *Los Pueblos de España*. (2ª edición) Istmo, Madrid.

- (1973): *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica: (Análisis histórico-cultural)* Txertoa, San Sebastián.

DAVIDSON, I. (2006): Arqueología etnohistórica. *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía. Treballs d'Etnoarqueologia*, 6: 258-271.

DOMÍNGUEZ-SOLERA, S. D. (2007): El asedio de La Loma. *Memoria, la Historia de Cerca*. VI: 4.

GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006-2007): Galaicos. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica. (1200 a.C. - 50 d.C.). Tomo II. *Brigantium*, 19.

GONZÁLEZ-WAGNER (2001): *El Próximo Oriente Antiguo, vol. II*. Síntesis, Madrid.

GOODY, J. (1985): *La domesticación del pensamiento salvaje*. Akal, Madrid.

HERNANDO GONZALO, A. (2002): *Arqueología de la Identidad*. Akal, Madrid.

- (2006): Etnoarqueología y Globalización. Propuesta de una etnoarqueología estructuralista. *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía. Treballs d'Etnoarqueologia*, 6: 25-32.
- (2006b): Etnoarqueología y Globalización: El problema de la definición del “otro” en la posmodernidad. *Complutum*, 17: 212-234.

LUCENA SALMORAL, M. (1992): América Moderna (1492-1808). En *Manual de Historia*

Universal Historia 16, Historia de América, vol 10.

MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J. (1946): *Paletnología de la Península Hispánica*. Seminario de Historia Primitiva del Hombre. Madrid.

MORGAN, L. H. (1877): *Ancient Society*. Rinehart and Winston, New York.

ONG, W. (1987): *Oralidad y escritura. Tecnología de la Palabra*. Fondo de cultura económica, México.

ORTEGA Y GASSET, J. (1943): *El espectador*. Biblioteca Nueva, Madrid.

PERALTA LABRADOR, E. (2003): *Los cántabros antes de Roma*. (2ª edición ampliada, 1º de 2000) Real Academia de la Historia, Madrid.

- (2006): Guerras cántabras en las montañas palentinas: el asedio de La Loma. *Revista de Arqueología*, 27: 24-33.

PIAGET, J. (1965): *Lenguaje y Pensamiento del niño Pequeño*. Paidós, Buenos Aires.

RIVERA DORADO, M. Y VIDAL LORENZO, M. C. (1994): *Arqueología Americana*. Síntesis, Madrid.

SERNA GANCEDO, M. L.; MARTÍNEZ VELASCO, A. Y FERNÁNDEZ ACEBO, V. (coordinadores) (2010): *Castros y castra en Cantabria*. Acanto, Santander.

SOBREMAZAS MARTÍNEZ, J. M. (1999): Nombres cántabros y nombres de los cántabros. *Nivel Cero*, 6-7: 109-117.

SOUTHERN, P. (2007): *The roman army: an institutional and social history*. Oxford University Press.

TORRES MARTÍNEZ, J. F. (2007): “Monte Bernorio en su entorno”. Resumen de los

trabajos arqueológicos efectuados en la campaña de 2004. En *Estudios varios sobre arqueología castreña* (A. Fanjul Peraza, editor) IEPA, Santander.

- (2006): La Etnohistoria aplicada al estudio de las sociedades de la Edad del Hierro Final del norte de la Península Ibérica. *Etnoarqueología de la Prehistoria: más allá de la analogía. Treballs d'Etnoarqueologia*, 6: 285-295.

TORRES-MARTÍNEZ, J. F. (KECHU) Y DOMÍNGUEZ-SOLERA, S. D. (2008): Monte Bernorio (Palencia): siglo I a.C. / 1936-1937 d. C. Arqueología de un campo de batalla. *Complutum*, Vol. 19, nº 2: 103-117.

TYLOR, E. B. (1871): *Primitive Culture*. J, Murray, London.

VALLE GÓMEZ, A. Y SERNA GANCEDO, M. L. (2003): El Castro de Castilnegro y otros asentamientos de la Edad del Hierro en la Bahía de Santander. En *Arqueología de la Bahía de Santander*. (Fernández Ibáñez y Ruiz Cobo, eds.) Fundación Marcelino Botín. Santander. Vol I: 353-390.

VEYNE, P. (1991): “Humanitas”: los romanos y los demás. En *El hombre romano* (Giarinina y otros). Alianza, Madrid. Capítulo XII: 395 a 422.

WILKES, J. (1985): *El Ejército Romano*. Akal, Madrid.

- (2001/2002): The pen behind the sword: power, literacy and Roman army. *Archaeological International*, ¿?: 32-35.